



EL CAXON DE SASTRE CATHALAN.  
NUMERO OCTAVO.

LA PETIMETRA.

PRIMERA PARTE,

O

MAÑANA DE SU DIARIO.

**C**ON redecilla, enaguas, y camisa  
La bella Doralisa está en la cama:  
Trage, que à los Amantes siempre llama;  
Parage, que à los Dueños tarde avisa.

Imaginando quantos aja, y pisa  
Corazones, que Amor por ella inflama;  
Tanto olvida defectos de mui Dama,  
Que aquello que padece no divisa.

Lamentando los sueños, que ha tenido,  
Porque fue su delicia bien soñado,  
Dos veces del Amor dicha fingida:

Juzga mui corto tiempo el que ha dormido,  
Y dexando à su cuerpo desmayado,  
Busca en el sueño glorias de su vida.

Assi estaba nuestra Petimetra acariciando amorosos pensamientos, y lisonjeando imaginadas dichas, nunca verdaderas, aunque à veces conseguidas. Inmobil la cabeza, cerrados los ojos, ociosa la razon, adormecido el entendimiento, dispierto el pensamiento, y vigilante el deseo, solo daba señas de su vida el movimiento preciso para la respiracion, aumentado à veces con algunos suspiros. Aquella quietud exterior, aquel afectado sueño, manifestaban, que, acostumbra el alma à este blando deleite, ya eran tan leves los latidos de la razon, que no se advertian en la inquietud, que ansiosa la imaginativa ocasiona en el corazón, solicitando despertarle del letargo, que inutiliza las mas nobles funciones de su sér, y le indispone para el principal fin de su existencia. Gozosa en esta inaccion se hallaba Doralisa, quando se entró en su alcoba el *buenos dias*, una Camarera de poquito, que en Madrid habia servido por Doncella, y  
aquí

aquí era algo mas que Fregona, Mantilleja con juboncillo, y *Capucha* con chapines. Ama mia, es hora de que salga esse palmito à alegrar la calle: despierte Usia, que no duermen tanto los que trae desvelados esse dengue: vaya, que el chocolate está de sorbere, y con su dedito de espuma. Dame el espejo, le dice nuestra Linda, y despues de un par de esperezos, media vuelta, y una rascadura de pies, à modo de cabriola, se incorpora en la cama, toma el espejo, y viendo que le retrata una cara con poco color, y muchas legañas, enfadase con él, tirale sobre la cama, y dice: Aih Jesvs! y que fatal estoi: bien se conoce, que me han perseguido esta noche los fíatos: en todo hoi no estaré de provecho: quita allá esse cristal, que me da miedo el mirarme. La Criadita, diestra en el empleo, y acostumbrada à sufrir, y mitigar estos insultos de la colera de su Ama, toma el espejo, vase, y en un santiamen vuelve con el chocolate. Vamos, mi Señora, dulcifique Usia esse pechito, que todo lo remediará despues una horita mas de tocador, y de qualquier modo no le falta à la Niña quien la quiera: cierto que *está la carne en el garabato por falta de gato*: mas tiene muertos esse garbo, que el beber frio; y sobre todo canela, para que es esse embuste, ya se sabe, que las Damas tienen dias. Siempre, *Marieta*, estás de buen humor, le dice el Ama; bien se conoce, que no tienes cuidados que te desvelen: dichosa tu. Pues qué tiene Usia que embidiar en quien la sirve? Muchas cosas, y especialmente unas libertades, que logran todas las de tu estado, y vistas en nosotras escandalizarian el Mundo. Con vuestra *capucha* vais solas, y adonde os dirige el deseo por todas partes; y quando ven alguna de nuestra Cathegoria con la Mantilleja, y sin Manipulo, ó Cortezon, luego se adelanta el discurso, se dispierta la curiosidad, y hai hombre, que por seguir à una Tapada, que parece Señora, se quedará en ayunas todo el dia; y lo peor es, que despues publican mas de lo que averiguan, assegurando lo que presumen. Estos reparos nos privan de la diversion, que siempre ocasiona una libertad inocente. Dexese de esso, Ama mia, que ya la costumbre va destruyendo esse rigor, y especialmente en tomando estado, todo es permitido, sin nota particular; y quien no le tiene, arrimandose à una Casadita, que le comunique sus fueros, y privilegios, se puede andar con ella como si anduviesse sola. Cosa graciosa es por cierto, que la que ayer era el desvelo de toda su parentela, pues se ocupaban en guardar su decoro una Madre, dos Tias, y tres

Viejas estantiguas, fugitivas de las requisitorias de la Muerte; hoy, porque se casó, puesta la muestra de un reloj, y con un Criado, que le despide quando conviene, se ve en todas partes, sin perdonar paseo, funcion de Iglesia, ni fiesta de calle. Se le fiá qualquier Amiga, y va muy segura, y guardada una Doncella de treinta años con una Casadita de quince. Pues si tiene coche: Dios te la depare buena; ya se pueden ir con ella todas las Niñas de la Ciudad, por su turno, de tres en tres. No hai duda, que estas Señoritas son mas dignas de compassion, por estar atendidas à que la casualidad, ò su diligencia les proporcionen tales ocasiones; pero nunca falta un remedio, que se toma para pasear por las mañanitas; una Novena, que se hace à la misma hora, por huir el bullicio de la gente, que mas tarde impide la devocion; y otras mil diligencias, que ocurren de repente, despues de bien pensadas. Qué tal, mi Señora, digo algo? parece que me explico. Calla, le dixo algo enfadada Doralisa, que te vas volviendo maldiciente, y todo esso son bachillerias vuestras, quando os juntais à murmurar de nosotras.

Quien creerá, que en el rato de esta conversacion no habria acabado de tomar el chocolate? pues aun no estaba à la mitad, tomándole con unos sorbitos tan enanos, y zalameros, que en veinte de ellos no humedeció el gaxnate; quando prosiguiendo la *Marieta* en soltar la maldita, dixo tales cosas, que su Ama no pudo contener la risa, y con su movimiento volcó la gicarra, y trastornó el plato, filtrándose el chocolate por las sabanas, hasta enfuciar la persona. Aquí fue el alboroto: puso-se hecha una furia, rió à la Criada, anduvo entre las dos la marimorena, y sin querer que la sirviera por entonces, tomó la ropa, y ensartandose-la con la colera algo mas aprisa, que acostumbra-ba, puso-se al revés un juboncillo de cotonia, que era contraforro de la belleza: adviértelo al abotonarle, y queriendo quitarse-le con un tiron, le rasga por la parte del sobáco; tirale contra el suelo, y tomando un zagalejo, y el capotillo, levántase en chancletas, y vase à poner detrás de la vidriera de una ventana, de modo, que no pueda ser vista de los que ella ve por la calle. Passa un Don Lindo, de estos que madrugan para hacer mal, y descubre-le la Niña un poco de redecilla; atisba él la cresta, metese en un portal de enfrente, empuja la gaita, y se explica à lo mudo; ella le hace el coco, y luego la mamola quitandose del puesto. Ya apaciguada con esto la colera, se pone la cotilla, y empieza su *Marieta* la grande obra de encordarla.

Añ.

Afida del cordon con las dos manos, y haciendo fuerza con todo el peso de su cuerpo, cede aquel à tanto impulso, y rompiendose, da la Criada con su cuerpo de espaldas en el suelo, obligando à Doralisa à hacer una profunda reverencia: riense esta del caso, y la *Marieta*, renegando de su fortuna, busca otro cordon, y concluye la maniobra con mayor precaucion. Mas valia, mi Señora, que tuviesse Usia para esto un tornito, como le tiene Belisa, y assi nos ahorrariamos estos fracasos. *Jesvs*, que desatino! pues acaso llevo yo la cotilla ajustada? Belisa necessita apretarsela de esse modo, para que tome su cuerpo la perfecta figura, que no le dió Dios, encaxando las almohadillas cada una en su lugar. Bien lo creo, Ama mia, pues quando yo servia à Doña Liquida noté, que siempre le ponía la cotilla su hermanita, no queriendo, ni aun que yo la viesse; pero à pesar de su precaucion se la atisbé, tan llena de tumores por la parte interior, y tan preñada de algodón, que desde luego puedo decir, que esta Señora se quitaba con ella la mitad del cuerpo. Yo creo, que en esto hai mas maula, que en los casamientos.

Casi vestida Doralisa, mientras duraba la conversacion, engrantó una mano con la toalla, que no era mui suave, y metiendola en la palangana, se lavó la cara con poca agua, y muchos estregones; quitóse la redecilla, recogió el cabello dentro una cofia, y viendose en el espejo mejorada de color, y aseada de facciones, puso el manto, llamó al Page, y tomó la puerta, encaminandose à la Iglesia de este modo.

Media blanca, zapato colorado,

Basquiña de muer, manto lustroso,

Con rica punta, donde el rostro hermoso

Aumenta en lo sutil lo delicado.

El brazo unido al cuerpo colocado,

Dexando ver del buelo lo costoso;

Guante de red, Rosario primoroso

A la blanca muñeca rodeado.

Sutil pañuelo; que ocultar procura

Del pecho hermoso singular belleza,

Aumentada en la accion con que respira.

Assi de Doralisa la hermosura

Diciendo va con garbo, y gentileza,

Entierran esse hombre, que me mira.

El Page, que era un mocito todo lisonjas, y reverencias, versado en el empleo, y solicitado por su buen porte, empezó à

pon-

ponderarle los desvelos de algunos Amántes de su belleza. Especialmente, decia, el pobre Don Lindoro está tal, que da compassion escucharle: se refuma de amores por todas sus coyunturas. Siempre le encuentro triste, y descolorido, y con tono de lamentacion me pregunta: Y bien, querido, cómo está tu Señora? donde ha ido à Missa? estará en el passeio? irá à casa su vecina esta noche? podré mirar su hermosura, oir su chiste, y tener un ratito de gloria? Dexale que pene, pues bien puede consolarse con que esse es mal de muchos; à mas, que se queixa de vicio, no siendo él de los que peor trato, y quando le llega su vez, bien se desquita, con mis favores, de esos suspiros con que los desea. Jamás le veo en estado tan lamentable como tu me dices; pero será, que con mi vista se minorá su decadencia.

Ya comenzaban à cruzarse los Lindos, que quotidianamente forman concurso en las calles por donde Doralisa acostumbra passar. Cada qual la obsequia con diversa idea. Uno, luego que la ve, entabla conversacion con el primer Mequetrefe que encuentra, esperando à pie firme, y al passar la Niña: Bendiga Dios esse garbito: y que haya picaron, que se meta Fraile, habiendo en el Mundo más tan azucarado. Otro se pone en el umbral de una puerta, y sacando el reloj: Tarde amanece hoy: mucho se han descuidado esos ojitos: vaya, para que es esso; si v. m. ha de mirarme, porque lo regatá? luzcase lo bueno, vease lo lindo, y alegrese el Mundo. Unos la seguian sin perderla de vista: otros por rodeos; pues se los sorbia un callejon, escupiendolos despues un passadizo: estos la enamoraban, sin desplegar los labios, à fuerza de reverencias, señas, y risitas; aquellos con cuchufletas, y chuladitas: unos à lo derretido, y otros à lo socarron. A todos atendia nuestra Petimetra, correspondiendo à cada uno conforme à su carácter. Alentaba à los rendidos con una cariñosa ojeada: escuchaba à los chuscos sin mirarlos; pero con una risita à tiempo, y como sino pudiera contenerla, manifestaba comprehender toda la fuerza de la expression, ò el equivoco. Sabia por experiencia, que el mas ventajoso lenguaje de una Linda es aquel, que admitiendo todos los obsequios, no asegura apetecerlos, y que un dudoso aprecio aumenta el cariño, mejor que una declarada fineza. Assi entretenia à estos Pisaverdes, que contentos con bruxulear los gustos, satisfacen con una mal fundada esperanza, todo el coste de sus deseos. Necedad vergonzosa es ciertamente el gastar tiempo, y dinero en adornarse con superfluidad, y las mas veces con ridicu-

cule,

culeza, sin conseguir siquiera desquitarse de la risa de todos los inteligentes, con el aprecio de la Dama, à quien se ofrece tan vano obsequio; pues esta suele ser la primera en burlarse del mismo que sacrifica à su galantéo lo mas precioso de su vida, y caudal.

Llega à la Iglesia Doralisa, y al entrar en ella, arqueando los brazos, con achaque de acomodar la punta del manto, descubre el rostro, y manifiesta todo el adorno interior. Mirando à todas partes se acerca à la pila, donde un Chisgarayís se anticipa al Criado, haciendo obsequio, lo que debiera ser unicamente devocion. Arrodiase la Niña en parage, que pueda ser vista de todos: corresponde à algunas cortesías, y ojeaditas, y sacando unas Horas ponese à leer de memoria, sin mirar al librito. Entretanto comparecen poco à poco todos los que la atisbaron en el camino, y se van colocando; uno hecho un enxerto con un pilar, otro sentado de media anqueta en el extremo de un banco; aquel tosiendo, este sonando; quien con dissimulo, y quien con descaro: todos atendiendo à las acciones de la Linda, y esta à las de todos.

Con sentimiento, no solo de los austeramente devotos, sino de qualquiera que conserve algun amor à la virtud, se ve repetida todos los dias esta dissolucion, siendo mas lamentable lo comun de tal irreverencia, y escandalo por haber llegado el vicio à convertirse en costumbre. No contentas algunas Damas de lograr en el baile, en la visita, &c. un lugar en el corazon de sus Amantes, que solo à Dios le pertenece, solicitan, ò à lo menos consienten, en los Templos el mismo rendimiento. Assurto es este, que necessita la mas seria reflexion, y no habrá providencia, que sea demasadamente rigida para remediar, en quanto fuere possible, tan abominable desorden.

Vuelve à su casa nuestra Petimetra, repitiendo las mismas tretas, y sus Cortejantes iguales diligencias hasta que llega à su puerta, y advirtiendole que viene Rosalindo tropicando con la prisa, parafe, y mientras le aguarda, volviendose ácia los demás, los dexa pagados à todos con una gracia, aunque no muy satisfechos, al ver, que llegando el otro Caballere se entra con ella en ademán de ofrecerle el brazo. A buena hora: cierto que os merece mucho cuidado mi belleza: sin duda habreis estado entretenido con otra cosita de gusto, y alguna cita os habrá ocupado. La verdad: era casada, ò solterita? No ha sido sino el picaro del Peluquero, que no ha parecido hasta ahora

ha-

habrá cosa de dos horas; pero à no haberme dicho, que se habia ocupado en peinar à mi Señora la Condesita, ya me hubiera pagado el rato, que me privó de adorar esos dos luceros, esas niñas de mis ojos ... Y prosiguiendo con un ensarte de necedades, y conceptos remendados, suben la escalera, quedase ella en traje casero, entrase al tocador, y viendo que él la sigue: esperad un poco, le dice, que me quitaré la cotilla, pues con ella no puedo llevar las manos à componerme la cabeza. Detienese de mala gana, y apenas concluye la Dama esta diligencia, quando él se cuele, y, como práctico, comienza à disponer las baratijas del tocador, filetes de la petimetria, puntos, y comas de la belleza. Entretanto la *Marieta* empieza à peinarla, y repartiendo el cabello, forma la trenza, prosiguiendo con el tupé, y la vuelta. Era cosa graciosissima el ver, que quanto componia por una parte, lo desbarataba su Ama por otra: nada le gustaba, todo lo deshacia, y por tres veces echó las uñas al peinado. Cierto, *Marieta*, que te portas: en tu vida lo has hecho peor: no ve v. m., que igualdad de vueltas? à fe, que esto es decente con el dichoso peinado: à mi hermana Anarda la peinan grandemente; y yo tengo tal desgracia, que de quatro Criadas, que he mudado en un mes, ninguna ha sabido hacerme un bucle. Para esto, dice Rosalindo, no hai otro *Francisquet*: él ha dado en el punto critico de la delicadeza, y buen gusto de los peinados. Luego que ve à qualquiera Señora, comprehende que disposicion debe tener el bucle, para que acompañe al aire de la cara: es el hombre mas útil de la Republica.

Continuaba Doralisa el adorno de su cabeza, y todo su anhelo se dirigia à colocar las piochas con nueva moda, è invencion. No aprobaba el gusto de algunas Damas, que llevan su grande pluma puesta sobre la vuelta, y caída ácia la oreja izquierda; pues decia, que esto era solamente remedar quanto veian en el Theatro. Tenia particular vanidad en ponerlas cada dia de diferente manera, y formando diversas combinaciones con las flores, cintas, blondinas, plumages, &c., siempre le resultaba de ellas alguna invencion, que diesse assunto à su vanidad, y à la critica de todo el Pueblo. Ciertamente que no tenéis razon de estar tan poco satisfecha de vuestra cabeza, le dice Rosalindo, pues ha quedado tan delicadamente compuesta, que bastaria su gracioso adorno para enardecer la vista mas recoceta. Malcontento estará el peinado con vuestra hermosura, pues le quita, con su principal atractivo, el lucimiento, y atencion, que  
me-

mèrcia por sí solo. Parece que hoy estais para ello, Rosalindo; pero aunque esso sea lisonja, no direis, que passo toda la vida en el tocador, pues apenas habrá tres horas, que comencé à peinarme, y no ha quedado mui desgraciadamente. Peor iba el otro dia Lucinda, despues de haber empleado seis horas en tocarse; y à fe, que se le lució el trabajo, pues fue asunto de risa mientras duró la visita.

En esto entró el Criado, diciendo, que unos Caballeros esperaban en el Estrado. Salió Rosalindo à entretenerlos, mui ufano de que la casualidad le concediese aquella ocasion de manifestar la confianza, que lograba con Doralisa, la qual compareció luego, entablando con todos una conversacion tan frivola, como insubstantial, dando vaya à cada uno con aquella Dama à quien tenia inclinacion, sobre sí la habló en el passeio, ò la cortejó en la visita à competencia de Don Fulano: ellos negaban para que se empeñasse el asunto, dandole con esto à mil conceptillos equívocos, lisonjas estudiadas, y comunes estrivillos, hasta que, siendo hora de comer, se despidieron todos, y el ultimo Rosalindo, que se detuvo algo mas, solicitando informarse de los parages donde à la tarde concurriria Doralisa, para no perder por falta de noticia la ventura de cortejarla, ocupando el tiempo en tan dichoso empleo. Fuese finalmente, y luego

Doralisa à la mesa ya sentada

Presentan la comida sus Criados,

Ofreciendo, en manjares delicados,

A la gula delicia fazonada.

Nada à su gusto está, todo le enfada:

Que asco! que porqueria de guisados!

Aquellos sin sabor, estos salados:

Dile, que se los coma, à la Criada.

El gusto de los postres le combida:

Probarlos quiere, y de encontrar se enoja

Un gusanillo dentro una manzana.

Apenas se concluye la comida,

La servilleta de revés arroja,

Dexa la silla, y vase à la ventana.

---

CON LICENCIA, EN BARCELONA.

---

Se hallará en la Imprenta de la Gaceta, y en la Libreria  
de Carlos Gibert, calle del Call.